

CUADERNOS

AMERICANOS

AÑO I

VOL. IV

4

JULIO - AGOSTO

1942

México, 1^o DE JULIO DE 1942.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IDEAS SOBRE LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LA POSTGUERRA

Por Ludwig VON MISES

El profesor Ludwig Mises, ilustre economista austriaco de prestigio internacional, nos ha enviado el artículo que aquí se inserta, en el que expresa sus opiniones con respecto a la post-guerra. CUADERNOS AMERICANOS publicará en sus próximos números, artículos sobre el mismo tema por pensadores distinguidos, que vean el problema desde un ángulo distinto del que lo examina el profesor Mises.

I

ESPERAMOS que un día termine por fin esta espantosa guerra y los hombres puedan volver a ocuparse en las labores de paz. Entonces la producción de armas y otros instrumentos para el crimen, será substituída de nuevo por la producción de bienes de consumo para hombres, mujeres y niños. Ya no se pensará en aniquilamiento y destrucción, sino en establecer y en aumentar el bienestar humano.

Este retorno a la paz supone, claro es, el aniquilamiento absoluto de las potencias totalitarias pues, si vencieran los dictadores, la consecuencia de la victoria no sería la paz sino la guerra eterna. En estas potencias totalitarias se defiende una filosofía que proclama como estado normal del hombre, como estado deseable, que proporciona a todos la dicha, no la paz, sino la guerra. Su anhelo no es la paz permanente, sino la guerra permanente; si logran, pues, el triunfo, la tierra se convertirá en un enorme matadero.

Pero los dictadores sucumbirán y cabe preguntarse: ¿Qué es lo que debemos hacer para cerrar, tan pronto y tan bien como sea posible, las heridas abiertas en la sociedad durante estos años de lucha? Este es el gran proble-

ma que debe preocuparnos y nunca será prematuramente. El estadista y el economista deben, desde ahora, mientras aun se escucha el estruendo de las batallas, pensar en el último día de la guerra. Desde ahora deben preparar, en su espíritu, lo que entonces será preciso poner en práctica.

II

Es menester ante todo dejar bien sentada esta idea: si la política económica de la postguerra ha de tener éxito, tendrá que basarse en medidas radicalmente diferentes de las empleadas antes de que comenzara esta guerra.

La característica principal de la política, en la década que precedió a la actual guerra, fué la del nacionalismo económico. Es decir, una política económica basada en la creencia de que se puede favorecer el bienestar de todos los súbditos de un país, o al menos de un grupo determinado, poniendo en práctica medidas que perjudiquen al extranjero. Se creía que se prestaba un servicio al propio país dificultando o prohibiendo de un modo absoluto la importación de mercancías extranjeras, restringiendo la inmigración de extranjeros o expropiando, parcial o totalmente, el capital perteneciente a extranjeros. No es éste el lugar apropiado para investigar si tales medidas son realmente idóneas para alcanzar el fin deseado. La teoría clásica del libre cambio ha dado ya la prueba irrefutable de que el resultado final de las restricciones impuestas al comercio exterior no consiste sino en un descenso general de la productividad del trabajo y, por tanto, del nivel de vida. De ese modo, la producción deja de tener lugar en puntos en los que sería grande el rendimiento, para trasladarse a otros en los que, con el mismo esfuerzo de capital y trabajo, se obtienen rendimientos muy inferiores. La clásica doctrina del libre cambio de Hume, Smith y Ricardo nunca ha podido ser refutada. Todo cuanto en su contra se ha ido objetando resultó posteriormente infundado.

Mas el proteccionismo no sólo da lugar a desventajas económicas, sino que también imposibilita toda cooperación pacífica entre los Estados, conduciendo a una guerra

segura. Los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones para impedir, mediante un sistema de seguridad colectiva, la nueva conflagración mundial, resultaron vanos debido al ambiente, ya que todo Estado, grande o pequeño, tendía sobre todo a perjudicar a los demás mediante determinadas medidas económicas.

Si no lográsemos superar el nacionalismo económico, resultarían ilusorias todas nuestras esperanzas de lograr una reconstrucción de la cultura. El nacionalismo económico prohíbe a los Estados industriales, es decir, a aquellos que están obligados a importar víveres y materias primas, la reunión de los medios necesarios para pagar sus importaciones. ¿Cómo podrían pagar a no ser mediante la exportación de sus productos industriales? Si no se les permite la exportación de los artículos industriales llegarán, fatalmente, a la autarquía; por otra parte, los países que poseen materias primas, pierden el mercado para los productos de su tierra. Esta situación es la que provoca en los Estados industriales el deseo de apoderarse, valiéndose de la fuerza militar, de los países que poseen materias primas. No debemos engañarnos: tras las reivindicaciones, aparentemente inocentes, que habla de una distribución equitativa de las fuentes naturales de riqueza y del libre acceso a las materias primas, se esconden veleidades de conquista.

En un mundo pacífico en el que reinara el libre cambio, ya no existirían problemas referentes a las materias primas. Cada país podría comprar en el mercado mundial todas cuantas materias primas pudiera pagar. En el mundo en que impera el proteccionismo, las cosas ocurren de muy distinta manera: en ese mundo no puede desaparecer el problema de las materias primas; y para un Estado pequeño, es decir, militarmente más débil, constituye un peligro el hecho de disponer dentro de sus fronteras de minas o de un suelo fértil.

Todos los tópicos que se lanzan sobre las ventajas de la paz, sobre la cooperación internacional, sobre la creación de una sociedad de naciones y la reconstrucción de la economía mundial, no son sino frases huecas si se tiene la intención de conservar el proteccionismo. Si no se quiere

renunciar al nacionalismo económico, los pequeños Estados ~~se convertirán en vasallos de~~ los potentes Estados ~~imperialistas~~. Los grupos de las grandes potencias, armadas hasta los dientes, se enfrentarán unos a otros, dispuestos a aprovechar cualquier momentánea debilidad del adversario para emprender nuevas campañas de conquista.

Es preciso comprender al fin que esta nueva guerra mundial (lo mismo que la primera) no fué producida por una catástrofe de la naturaleza que se desencadenara sobre los hombres inocentes, sino que es el inevitable resultado de la política económica nacionalista practicada en las décadas precedentes. En un mundo donde reinara el libre cambio no hubiera sido posible, por muy grande que fuese el *dinamismo* de Hitler o de Mussolini, llegar a la guerra. Siempre existirán hombres malvados, pero lo que importa es crear un orden económico en el que el poder nocivo de éstos se reduzca al mínimo.

Sin la destrucción del nacionalismo económico no será posible, en suma, un retorno a la paz y al bienestar.

III

El problema principal de la postguerra consistirá en la pobreza general, es decir, en la penuria de capital.

En la última década, la política pareció desinteresarse de los problemas de la formación y conservación del capital. Los Gobiernos actuaban como si no tuviese ninguna importancia para el bienestar de los pueblos el hecho de que la producción dispusiese de más o menos bienes de capital. Mediante su política de impuestos y de gastos, estos Gobiernos no sólo frenaron la nueva formación de capital, sino que —al menos en muchos países en los últimos años— dieron lugar a una verdadera consunción de capital. Practicaron, por tanto, no una política orientada hacia el incremento de la prosperidad general y hacia la elevación del nivel de vida, sino hacia el empobrecimiento popular. Después que pase la actual guerra, no será posible continuar manteniendo esta política, a no ser que

deliberadamente tratemos de conseguir la destrucción de lo que hoy llamamos civilización occidental.

Lo que hizo posible que se desarrollara esta cultura, la más grandiosa de todas cuantas hayan existido, fué, precisamente, en lo que se refiere a la economía, la constante acumulación de bienes de capital. En los días anteriores a esta época de las guerras mundiales y de las dictaduras, vivía, incluido en esta civilización occidental, un número de hombres mucho mayor que en los días anteriores a la *revolución industrial*; y cada uno de estos hombres vivía muchísimo mejor que sus antepasados un siglo o dos antes. Cada año se producía un alza en el nivel de vida de las masas; cada año se ponían nuevas mercancías al alcance del hombre medio, las cuales hacían su vida más sana, más agradable y más estimulante. Al hombre de ahora le parece hoy humanamente indigno el medio en que vivía la nobleza en la edad precapitalista; por no hablar ya de las condiciones de vida de la masa del pueblo.

Todos estos incrementos en el nivel de vida los debemos a la circunstancia de que, año tras año, se produjo más de lo que se consumió. El sobrante ahorrado fué invertido, es decir, empleado en el desarrollo del aparato de producción. De este modo, se desarrollaron los medios de transporte y se hicieron nuevas instalaciones para conseguir una producción mejor y más barata de todo género de bienes de consumo. El trabajo individual de cada uno de los hombres rinde hoy más porque, a cada cantidad determinada de trabajo, corresponde una cantidad de bienes de capital mucho mayor de la que antes correspondía. La productividad marginal del trabajo ha ido, pues, creciendo y, en consecuencia, ha aumentado el salario real. Si creció el nivel de vida de las masas, fué porque la provisión de capital en la economía superó al incremento de la población.

Pero las masas no solamente quedaron beneficiadas por el aumento de los salarios reales: la organización moderna de la técnica financiera, del sistema de crédito y de las sociedades por acciones, estableció la posibilidad de que estas mismas masas se convirtieran en propietarias de capitales. La mayoría de los titulares de depósitos en los bancos de ahorro, de bonos y pólizas de seguros, se encuentran,

incluso, entre la clase obrera. El ahorro y la formación de nuevos capitales no son en el Estado capitalista privilegios de una minoría, sino generales; y sus frutos, de uno u otro modo, aprovechan a todos.

Los gobiernos y los políticos se han negado a reconocer que el incremento de capital constituye el nervio vital del progreso económico; por el contrario, hicieron todo lo posible para quitar a la gente el deseo del ahorro. Confiscaron parte del capital mediante los impuestos y, por medio de la inflación, perjudicaron justamente al pequeño ahorro. Realizaron expropiaciones, consumiendo las existencias de capital que habían sido logradas.

Citaremos como ejemplo el modo de proceder de Hitler en relación con los ferrocarriles alemanes del Reich. Mucho tiempo antes de la primera guerra mundial, los diversos Estados alemanes —Prusia, Baviera, etc.—, *compraron* los ferrocarriles construidos con el capital privado, efectuando el pago mediante bonos. Como estos bonos perdieron su valor debido a la inflación, el Gobierno adquirió estos ferrocarriles, en cierto modo, gratuitamente. Hitler administró esa enorme existencia de capital, equivalente a más de 60,000 kilómetros de rieles, del modo más irresponsable. No substituyó los vehículos (locomotoras y vagones) que habían sido desgastados por el uso, y tampoco las vías ni los aparatos de señales, como hubiera sido conveniente, y descuidó por completo el material fijo. La situación es similar en los demás ferrocarriles de Europa del sur y de la Europa oriental. Después que haya pasado la actual guerra, la mayor parte de los ferrocarriles de Europa constituirá un montón de piedras y hierros viejos. Se ha consumido de este modo, en el sentido estricto de la palabra, un capital cifrado en miles de millones.

La destrucción de capital a que da lugar la guerra supera con mucho a la de antes de la guerra. Al terminar la contienda, veremos en todas partes enormes instalaciones dedicadas a la producción de armas y otros materiales para la guerra, pero estas instalaciones no pueden ser utilizadas para la producción de los bienes que se requieren en tiempos de paz. El capital inmovilizado en ellas se habrá perdido y, en cambio, faltará capital donde resulta más necesario. Las antiguas instalaciones destinadas a la

producción de bienes en tiempos de paz, resultarán inútiles, bien por haber sido transformadas en empresas dedicadas a servir al rearme o porque se han echado a perder por haber permanecido varios años sin ser utilizadas.

IV

¿Qué podríamos hacer para aliviar tan rápidamente como sea posible esta penuria de capital?

Sólo hay *un* medio: producir más de lo que se consume, esto es, ahorrar y formar de este modo un nuevo capital. Cuanto más se produce, cuanto más de lo producido se invierte y menos se consume, más pronto pasan los malos tiempos de la penuria de capital. Todos los que aconsejan una solución diferente a la que acabamos de exponer, se engañan a sí mismos o tratan de engañar a los otros.

No hay procedimientos financieros mágicos para remediar la penuria de capital. La expansión del crédito no puede aliviarla, y mucho menos suprimirla. Por el contrario, el *boom* artificialmente producido por la expansión de crédito, da lugar a un despiste, y por tanto, a un despilfarro de capital, favoreciendo de un modo inmediato un superconsumo, esto es, una consunción de capital. Los experimentos inflacionistas no harían sino empeorar el mal. Lo que hace falta en este caso es, precisamente, una política monetaria y de crédito que asegure la estabilidad del valor monetario.

Los Gobiernos tendrán que renunciar a todas las medidas confiscatorias: tendrán que cambiar radicalmente su política de impuestos.

Los impuestos sobre la renta y sobre las herencias se han ido transformando en muchos países en mal disimuladas medidas de confiscación. La persistencia de este sistema no es compatible con la existencia de la propiedad privada, y no tiene sentido a no ser que quisiéramos con ellas buscar el tránsito a un régimen comunista para hacer descender el nivel de vida de las masas al permanente nivel de miseria que reina entre las masas rusas. Dentro de los límites de un sistema no comunista, esas medidas ejercen sólo un efecto de freno y destrucción. Estimulan el

consumo de capital, pues, ¿qué sentido tendría ahorrar para el hombre que sabe que de su herencia sólo una pequeña parte iría a parar a manos de sus hijos?

Si queremos conservar el impuesto sobre la renta, sería preciso convertirlo en un impuesto sobre la renta consumida. La parte del ingreso que no se consume, sino que se ahorra e invierte, ha de quedar libre de todo impuesto, ya que es asunto de interés público que se forme tanto capital nuevo como sea posible.

Todas las grandes empresas se desarrollan mediante el consumo de sólo una pequeña parte de los beneficios, invirtiéndose el resto. El sistema actual que, por la existencia simultánea de impuestos federales e impuestos locales hizo subir los impuestos sobre las grandes rentas hasta un 100% y aún más, imposibilita el nacimiento de nuevas industrias, así como el desarrollo de las ya existentes. En interés de la población norteamericana, hace algunos años no se frenó el desarrollo de empresas que abastecían el mercado de artículos baratos de uso diverso; pero que ahora se impida el surgimiento de nuevos competidores, redundará sólo en perjuicio de los consumidores, confiriendo en cambio a los incapaces herederos de las empresas existentes una protección injustificada. La legislación sobre los impuestos, que sus partidarios consideran como medidas dictadas *en favor del pueblo*, produce sólo el efecto antisocial de frenar el progreso en el abastecimiento de los consumidores.

La disminución de los ingresos del Estado, consecuencia inevitable de tales reformas en el sistema tributario, deberá ser compensada por la restricción de gastos. Es preciso liberarse de una vez para siempre de la ilusión de que el *Estado* tiene dinero para todo y para todos. El *Estado* no puede dar a nadie sino lo que previamente ha quitado a otros. Al proyectar cualquier gasto del Estado, es necesario meditar previa y cuidadosamente si el gravamen de las contribuciones que esto implica y sus consecuencias económicas, no serán más nocivos que puedan ser ventajosas las consecuencias del gasto planeado. Ya no será posible dar subvenciones y emitir bonos para asegurar la reelección de los miembros del Parlamento; será preciso volver a la administración económica de los antiguos parlamen-

tos, que muy claramente se dieron cuenta de que un presupuesto ordenado es mucho mejor que la supuesta felicidad de los presupuestos nivelados.

La penuria de capital será, probablemente, menos sensible en los Estados Unidos de Norteamérica que en el Imperio Británico, y en éste menos opresora que en el Continente europeo. En la Europa central, oriental y del sur, la situación será completamente catastrófica. Los países industriales de Europa no pueden alimentar a su población —la más densa de la tierra— sino mediante la exportación de productos de la industria, fabricados en gran parte con materias primas importadas. Deberán competir con sus productos industriales en el mercado mundial, y esto no será posible hacerlo con éxito si no han reconstruido su aparato de producción destrozado por la política hostil al capital en la época anterior a la guerra y por los sucesos de la guerra misma. Tendrán que renovar por completo sus medios de transporte y el equipo de maquinaria de sus fábricas, o en otras palabras: tendrán que empezar de nuevo a abordar todos los problemas que plantea la producción industrial. Pero antes de lograrlo tendrán que pasar por años y décadas de hambre y miseria.

Es claro que en tales circunstancias, en Europa —sobre todo en la Europa central y oriental— no será posible, durante mucho tiempo, la actividad sindical. La tendencia de las uniones obreras a imponer el pago a sus miembros de salarios más altos y el establecimiento de jornadas más cortas mediante la utilización de los *medios sindicales* tendrá que olvidarse allí donde falta completamente el capital. Los obreros tendrán que darse por satisfechos si obtienen trabajo que los proteja contra la miseria. ¿Contra quién dirigirían sus reivindicaciones en un país en el que no existe capital para poner en marcha las industrias? Salarios bajos, nivel de vida bajo, decadencia general de la cultura: esas son las tristes pero inevitables consecuencias de la penuria de capital.

Los obreros norteamericanos, al lamentar esta suerte de sus hermanos europeos, deben advertir que ellos disponen de un medio eficaz para remediarla: abrir las fronteras norteamericanas a una inmigración europea crearía una tendencia a la compensación entre los salarios de Europa

y los de los Estados Unidos. Mas si subsisten las restricciones a la inmigración, entonces resultará que los salarios en Europa, donde las condiciones naturales de producción serán peores y mayor la penuria de capital, estarán muy por debajo de los de Norteamérica.

Resulta, pues, claro que la penuria de capital, después de esta guerra, conducirá a un cambio radical de la política interior. Y, en seguida, veremos cuáles serán las consecuencias en lo que es refiere a la política exterior.

V

La gran hazaña, de un alcance político mundial, en el siglo XIX fué el desarrollo del mercado internacional del capital y del dinero. Los pueblos de la Europa occidental, que fueron los que crearon antes que otros aquellas instituciones políticas y económicas que favorecen la formación y conservación de capital, pusieron a la disposición de las naciones menos dichosas, de aquellas cuyas condiciones históricas y políticas fueron menos propicias para la formación de capital, mediante el sistema de préstamos, una parte de su propia riqueza. El sobrante de los ahorros de Europa se invirtió en todo el mundo y ayudó así a los pueblos de la Europa oriental y de Asia a superar su estado de atraso económico, y dió también a los americanos y australianos los medios que necesitaban para la explotación de las riquezas de su suelo. La cultura de Europa proporcionó a toda la humanidad no sólo los frutos de la técnica moderna, sino también los medios materiales para transformar su economía según las exigencias de la técnica moderna. Miles de millones se derramaron desde Europa (y más tarde también desde los Estados Unidos) sobre todos los países de la tierra, y, como contraprestación, recibieron los capitalistas europeos, hombres de empresa y ahorro, derechos de propiedad y valores industriales.

Esta organización internacional de crédito se halla hoy en ruinas. Ha sido destrozada en los mismos países que le deben su florecimiento económico. No se pagaron los réditos de las deudas, ni éstas tampoco fueron pagadas, bien porque los deudores las repudiaron abiertamente o porque

los gobiernos anulaban los derechos de los acreedores con la devaluación de la moneda o el control sobre las divisas. Las empresas pertenecientes a extranjeros, fueron expropiadas o gravadas por medio de impuestos en tal forma que a los propietarios ya no les restaba sino un mero título. Acreedores y capitalistas extranjeros se encuentran hoy completamente despojados de sus derechos.

En tales circunstancias, no podemos esperar que, después de la guerra, los países menos arruinados pongan capital a la disposición de los más arruinados ya que la experiencia de los capitalistas y empresarios, en lo que se refiere a la concesión de créditos y a la participación en empresas extranjeras, es suficientemente explícita para que se sientan de nuevo inclinados a exponerse a los peligros de tales aventuras. Quizás los Estados Unidos, movidos por una vieja amistad histórica, hagan llegar algún capital a los países anglosajones, y tal vez también a México, como ayuda a un vecino, pero aun esto resulta dudoso, ya que los sindicatos norteamericanos tienen la tendencia a considerar la exportación de capitales como un acto dirigido contra sus propios intereses y, por lo tanto, piden medidas encaminadas a impedirlo. En todo caso es seguro que los demás pueblos no esperarán a disponer de capital extranjero para la reconstrucción de su economía, si no se cambia radicalmente la actual condición de desamparo en que se encuentran estos capitalistas extranjeros.

Para que sea posible volver a poner en marcha el mecanismo internacional de capitales y crédito, será preciso dictar enérgicas medidas de derecho internacional. Sólo los Estados que se hallen dispuestos a aceptar grandes restricciones en su soberanía tendrán la esperanza de obtener préstamos del extranjero o inversiones directas de capital. En lo que se refiere al capital extranjero, estos Estados tendrán que renunciar a su autonomía en favor de la Sociedad de Naciones; o sea, en cuanto afecta a la política monetaria y de crédito, a las facultades mercantiles y fiscales sobre el capital extranjero, tendrán que someterse incondicionalmente a la jurisdicción de tribunales internacionales y tolerar que se ejecuten las decisiones de estos tribunales mediante un poder coercitivo internacional.

Todo esto parecerá hoy sin duda muy extraño y los gobernantes de la mayoría de los Estados lo considerarán como simplemente inaceptable. Pero hay que considerar sobre todo dos cosas: en primer lugar, que cada Estado será libre de someterse o no a estas condiciones y de aceptar o renunciar a la ayuda de capital extranjero; en segundo lugar, resultará inevitable liquidar la concepción de la soberanía individual de un Estado, que ya no se encuentra en armonía con las actuales circunstancias. De ningún modo debe ser posible que tengan lugar casos como los de Austria, Albania y Etiopía. Los pequeños Estados han de gozar de una protección efectiva contra tales violaciones, que habrán de asegurarles las grandes potencias. Los Estados que secretamente practiquen una política de rearme, han de ser contenidos en sus propósitos por medio de una policía internacional. Será preciso tratar a los Gobiernos perturbadores de la paz del mismo modo que se trata, dentro de los Estados, a los bandidos y asesinos. Y, establecido un tal sistema, ya no parecerán intolerables las restricciones a la soberanía en cuanto a la política financiera y fiscal.

Pero hemos de indicar que todas estas medidas no podrán remediar completamente la penuria de capital. Lo que se puede lograr es que se distribuya más equitativamente el capital existente, y con esto ya se habrá ganado mucho.

VI

Después de la actual guerra, el mundo no será un paraíso. Los hombres serán pobres, y tendrán que soportar las consecuencias espirituales y morales de la pobreza.

No todos los pueblos sufrirán de igual modo las consecuencias de la guerra. Entre los países relativamente menos perjudicados se contarán, probablemente, los países latinoamericanos. El atraso de éstos con relación a los países anglosajones será así, en parte, compensado. Se iniciará una nueva salida en la que el *handicap* de la América Latina será menor.

Ese pretendido retraso de la América Central y del Sur, que hizo siempre sonreír compasivamente a los turistas *Cook* ordinarios, no se debía sino a la penuria de capital que existía en estos países. Como el capitalismo llegó a América Latina con dos siglos de retraso en relación con otros países, faltaban ciertas instituciones ya familiares en éstos. El *bajo nivel* no era moral ni intelectual: no era otra cosa que la penuria relativamente mayor de capital.

Pero ahora, poco más o menos, todos los países van a empezar de nuevo. Y así podrá suceder que en el curso de los años desaparezcan, cada vez más, estas diferencias. Mediante una sabia política económica, los países latinoamericanos podrían conquistar, en la economía mundial, la posición a que están predestinados por el genio y laboriosidad de sus ciudadanos y la riqueza de su suelo.